

Polibio

# Historia de Roma

Edición de José M.<sup>a</sup> Candau Morón



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2008  
Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición: José M.<sup>a</sup> Candau Morón  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-113-8  
Depósito legal: M. 5.690-2018  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Introducción
- 43 Bibliografía

## HISTORIA DE ROMA

- 47 Libro I
- 153 Libro II
- 239 Libro III
- 377 Libro IV
- 473 Libro V
- 589 Libro VI (fragmentos)
- 651 Índice de nombres anotados



A Lola Vargas Zúñiga, que inició su particular viaje mientras yo navegaba en las aguas de Polibio

Y a Javier González Ponce y Antonio Chávez Reyno, compañeros y amigos



# Introducción

## Vida de Polibio

En el año 167 antes de Cristo llegó a Roma en calidad de deportado un dirigente griego nacido hacia el año 200 en Megalópolis, ciudad situada en el centro del Peloponeso y miembro de la liga de ciudades conocida como Confederación Aquea. No llegó solo: entre otros muchos detenidos le acompañaban –nos informan de ello Tito Livio (XLVII 31) y Pausanias (VII 10)– mil compatriotas aqueos. El dirigente del que hablamos era Polibio, y la causa inmediata de su forzosa estancia en Roma era la batalla de Pidna, esto es, la victoria que las fuerzas romanas, bajo el mando del cónsul L. Emilio Paulo, habían obtenido el año anterior sobre el ejército del rey macedonio Perseo. El encuentro de Pidna vino a resolver un enfrentamiento, la tercera Guerra Macedónica, iniciado en el 171. Toda Grecia se había visto desgarrada por el conflicto, con facciones que dentro de cada comunidad se inclinaban unos hacia la causa romana, otros hacia la macedonia. Ante el choque entre las dos potencias, las entidades políticas menores, como la Confederación

Aquea, se veían en una situación apurada, pues la afiliación al bando equivocado podía tener consecuencias nefastas. Polibio, durante esos años una figura política destacada, parece haberse adherido a una línea de conducta que intentaba conjugar el apoyo a Roma con la preservación de una cierta independencia en la defensa de los intereses aqueos. Quizás la tibieza de su actuación –explicada por él mismo en pasajes como XXVIII 12-13– quedó de manifiesto cuando Roma se alzó con el triunfo. Quizás las acusaciones de proceder antirromano, enarboladas por unos rivales serviles hacia la nueva potencia, constituyeron el factor decisivo. En todo caso, para la carrera política de Polibio, como para la de tantos otros dirigentes griegos, la batalla de Pidna significó una catástrofe; al mismo tiempo, y esto ya es exclusivo de Polibio, marcó un giro vital que lo llevó de la política a la historia y que trasladaron a un ámbito superior su perspectiva y su juicio sobre los acontecimientos contemporáneos.

La Confederación Aquea, que estaba integrada por un grupo de ciudades peloponesias, tenía antiguos precedentes. Pero sólo a partir del 250 logró afirmarse como fuerza importante dentro de la península griega. Uno de los artífices de tal afianzamiento fue Arato de Sición, personaje ampliamente tratado en la obra de Polibio. Arato es una figura compleja. Con independencia de sus deficiencias personales, tal complejidad obedece al menos en parte a las dificultades que rodeaban su gestión. La Confederación Aquea era en el mundo helenístico una entidad de segundo orden. De segundo orden eran también sus competidores directos, como la Liga Etolia o la Esparta de Cleómenes. Para entidades de tal rango, cualquier intervención en el exterior pasaba por el apoyo de los agentes políticos decisivos, las grandes monarquías helenísticas. Las rivalidades que mantuvieron estas últimas –la dinastía de los Seléucidas en Asia, la de los Tolomeos en Egipto, el reino de Macedonia– a lo largo del



siglo III tenían como escenario el amplio universo abierto por las conquistas de Alejandro. Dueñas de considerables recursos militares y financieros, las grandes casas reales protagonizaban una contienda en la que ninguna de ellas conseguía afirmarse de forma definitiva sobre las otras. En este contexto policéntrico, dominado por el equilibrio y la tensión entre las fuerzas mayores, un estado como la Confederación Aquea podía buscar amparos ocasionales, conseguir márgenes de autonomía, aprovechar resquicios; la recompensa sería a lo sumo su implantación como potencia mediana dentro de una zona reducida. Si las complejidades que conforman la imagen de Arato reflejan en alguna medida las limitaciones inherentes a su campo de actuación, su logro –la afirmación de la Confederación Aquea– y las guerras que llevaron a ello fueron episodios secundarios cuyas consecuencias inmediatas afectaban sólo al ámbito de la Grecia europea. El detenimiento con que trata Polibio algunos de esos eventos –la guerra de Cleómenes o la de los Aliados– no debe llamar a engaño. Fueron sucesos de dimensión local e importancia subsidiaria. El hecho de que Polibio les dispense una especial atención debe conectarse con la profunda vinculación que a lo largo de toda su vida mantuvo el historiador con su comunidad de origen.

Megalópolis se unió a la Confederación Aquea en el 235. Ciudad rica y próspera, desde los primeros momentos ejerció una influencia considerable en las decisiones de la Confederación. Dentro de ésta, la magistratura suprema era la del estratega o general, un cargo anualmente elegido por la asamblea federal; el estratega contaba con la asistencia del hiparco o comandante de caballería, también designado cada año por la asamblea. Los ciudadanos de Megalópolis ocuparon reiteradamente, a partir del año 234, el cargo de estratega. El padre mismo de Polibio, Licortas, fue estratega al menos dos veces en la década entre el 180 y el 190, y

es posible que con anterioridad lo hubiese sido su abuelo. Polibio nació, pues, en el seno de una familia de notables. La recurrencia de miembros de la misma familia en puestos oficiales es un fenómeno frecuente en la historia de la Confederación Aquea. La explicación hay que verla en el corte oligárquico de su sistema político. Calificada formalmente de democracia –así la denomina en términos elogiosos Polibio (II 38-44)–, de hecho el gobierno de la Confederación estaba dominado por las clases pudientes, las únicas con los medios y el ocio necesarios para el ejercicio de la actividad pública. Y en esa atmósfera las conexiones familiares adquirirían categoría de aval político. El dato es importante porque la mentalidad oligárquica, propia de un miembro de la minoría dirigente, está siempre al acecho en los planteamientos intelectuales sobre los que se asienta la obra histórica de Polibio.

La educación recibida por Polibio debió de guardar consonancia con las circunstancias de su nacimiento. La soltura en el tratamiento de cuestiones geográficas o historiográficas, la capacidad para entrar en exposiciones de teoría constitucional, las alusiones a las doctrinas médicas que circulaban en su época, incluso las citas literarias o filosóficas, revelan una formación sólida. Polibio cuenta también con una ejecutoria como escritor que abarca varios títulos. Además de las *Historias* o *Historia de Roma* –su obra más conocida y la única parcialmente conservada–, compuso un *Elogio de Filopemén* (un político aqueo que vivió entre los siglos III y II) en tres libros; un *Tratado de táctica* que ejerció considerable influencia en la Antigüedad, y una monografía sobre la guerra de Numancia. Ahora bien, la solidez no implica, al menos en este caso, ni erudición ni vocación hacia el conocimiento especializado y abstracto. Tampoco era ello lo que se pretendía, pues la educación que se impartió a Polibio intentaba ante todo facultarlo para emprender la

actividad esperable en un vástago varón de su familia, esto es, una carrera política. Carrera que se inició muy temprano. En el 182 recibió la distinción de transportar las cenizas de Filopemén en el funeral público organizado a la muerte de dicho estadista. Algo después (en el 181/180) formó parte de una embajada de la Confederación a Egipto. Hacia la misma época figura en la comisión encargada de establecer los límites entre Mesenia y Megalópolis. Y en el 170 es elegido hiparco. La deportación a Roma en el 167 cortó, pues, una prometedora carrera.

Fue en Roma donde el prometedor político se transformó en historiador. La misma coyuntura se repite en la biografía de otros insignes historiadores griegos, pues la obra de Heródoto y Tucídides parece indisoluble del exilio que ambos vivieron. En el caso concreto de Polibio, difícilmente cabe exagerar la importancia de la forzosa estancia en Roma. Uno de sus beneficios pudo ser la adquisición de una mirada retrospectiva, capaz de ver desde fuera, desde una posición menos implicada y más distante, el curso de los acontecimientos contemporáneos. Pero Polibio también ganó en Roma una perspectiva mucho más amplia del mundo, una visión ecuménica para usar un término que se repite en su obra. Y al mismo tiempo parece haber experimentado lo que podría llamarse una romanización, entendiendo por tal la adhesión a los valores políticos que habrían desembocado en el establecimiento de la dominación romana. El que su historia sea universal –aunque aquí hay que darle al término «universal» el valor restringido, centrado en el Mediterráneo, propio del mundo grecorromano– y el que el protagonismo de esa historia universal recaiga sobre Roma y las instituciones romanas guarda una relación de causa a efecto con la deportación subsiguiente a Pidna.

Teóricamente los griegos deportados a Roma debían hacer frente a una investigación que iba a esclarecer las acusaciones

de conducta antirromana elevadas contra ellos. De hecho tal investigación nunca se llevó a cabo; la mayoría de los detenidos quedó simplemente a la espera, durante diecisiete años, de que el senado decidiese qué hacer con sus personas. Ese largo periodo fue enormemente fructífero para Polibio. Emilio Paulo, el vencedor de Pidna, era un hombre culto y filoheleno, lo que no le impidió actuar de la manera más dura e inexorable durante su estancia en Grecia con motivo de la tercera Guerra Macedónica. Y fue Emilio Paulo quien consiguió que Polibio residiese en Roma –no en una pequeña ciudad italiana, como otros deportados– y que llevase una vida confortable y hasta cierto punto libre. Paulo actuó a instancias de sus dos hijos, cuya relación con Polibio había alcanzado un grado importante de intimidad ya a finales del 167. Es el propio Polibio quien, en un vívido pasaje (XXXI 23-24), nos habla de ello, y especialmente del lazo que a partir del dicho año mantuvo con uno de los dos hermanos, Escipión Emiliano.

El filohelenismo de Emilio Paulo no es en absoluto un hecho aislado. La afición a la cultura griega estaba muy extendida en la Roma del siglo II. Puede incluso afirmarse que el conocimiento de las letras helénicas era un ingrediente imprescindible en la formación del romano instruido de la época. En este sentido, la procedencia de Polibio fue un elemento decisivo en la construcción de su amistad con Escipión Emiliano. Pero si la relación entre ambos nació sobre una base pedagógica, alcanzó con el tiempo tal nivel de cercanía –Polibio (XXXI 25, 1) la compara con el nexo que une a padre e hijo– que llegó a representar un ejemplo famoso de amistad en la tradición antigua. Constituye además un episodio de gran significado y enormes consecuencias para la comprensión de la personalidad y la obra histórica de Polibio. Habla en primer lugar de la entereza psicológica del deportado griego, que lejos de dejarse abatir por el exilio

supo buscar muy pronto los contactos necesarios para acomodarse con éxito a una nueva vida. Escipión Emiliano fue, además, la figura política más destacada de su tiempo, y su protección significaba el logro de una atalaya muy cercana al poder. La adhesión de Polibio al orden que representaba el imperio de Roma es, al menos parcialmente, resultado de su estrecha vinculación personal con el alto dirigente romano. Pero hay algo más. A lo largo de la obra de Polibio corre, como si fuera un descubrimiento o una revelación, la idea de que en época del autor las historias parciales se funden y convergen en un solo relato cuyo núcleo viene dado por la hegemonía mundial de Roma. En la génesis de ese descubrimiento hay una visión amplia, elevada, que abarca el espacio de la dominación romana en toda su magnitud. Cabe pensar que tal amplitud de mirada no es ajena a la vinculación con un personaje íntimamente asociado a los destinos imperiales de Roma.

Durante el periodo que va del 167 al 150 Polibio debió de gozar de cierta libertad de movimientos que le permitió viajar por Italia. A lo largo de aquellos años el historiador mantuvo contactos no sólo con personalidades romanas, sino también con griegos ilustres residentes en Roma bien por razones de exilio, bien como parte de las numerosas embajadas llegadas a la capital. En el 151-150 marchó a Iberia en compañía de Escipión Emiliano, que desempeñó allí determinadas misiones militares. El trayecto de ida transcurrió a través de los Alpes, en ruta similar a la recorrida por Aníbal en su marcha a Italia. Antes de volver, Emiliano visitó África, donde, acompañado igualmente por Polibio, se entrevistó con el rey de Numidia Masinisa. En el 150 el senado liberó a los exiliados del 167 y Polibio, tras diecisiete años, pudo regresar a Megalópolis. Fue una estancia breve, pues en el 149 las autoridades romanas reclamaron su asesoramiento como consejero militar ante la inminente guerra

con Cartago. La guerra, la tercera Guerra Púnica, terminó con la destrucción de Cartago, cuya toma culminó en el 146 Escipión Emiliano, quien nuevamente contó con la asistencia de Polibio. Hacia las mismas fechas, en el 147 o 146, Polibio participó en un viaje por barco que exploró la costa atlántica del norte de África y el sur de la Península Ibérica. Fue también entonces, concretamente en el 146, cuando tuvo lugar la guerra de Acaya, en la cual la Confederación Aquea se enfrentó a Roma. Al finalizar la contienda, que supuso un fácil triunfo para Roma, una comisión de diez senadores quedó encargada de organizar la situación en Grecia. Dicha comisión encomendó a Polibio determinadas misiones tocantes a la legislación de distintas ciudades y sus relaciones mutuas. El mismo Polibio, de quien procede tal información, cuenta también cómo procuró, en la medida de sus fuerzas, salvaguardar los bienes griegos (XXXIX 3-5).

Es muy posible que a partir de la guerra de Acaya Polibio residiese la mayor parte del tiempo en Megalópolis, pero ello no le impidió viajar. En el 145 visitó Egipto. Y en el 134-133 marcha de nuevo a Iberia, en compañía de Escipión Emiliano, quien, cónsul por segunda vez, dirige el cerco de Numancia. En todo caso, durante la última parte de su vida el historiador mantuvo una estrecha relación con su patria y con diversas ciudades del Peloponeso. Así lo indican diversos testimonios epigráficos y literarios<sup>1</sup>, que lo presentan como un benefactor cuya mediación ante Roma favoreció los intereses de sus compatriotas.

La existencia de Polibio, como se ve, estuvo unida a las suertes de la hegemonía romana. Su biografía es la de un

1. Consúltese al respecto Ferrary, «Le jugement de Polybe sur la domination romaine: l'état de la question», en J. Santos Yanguas-E. Torregaray Pagola (véase bibliografía), pp. 30-32.

hombre de acción que se movió a lo largo del imperio y participó en distintas misiones diplomáticas y militares. La condición activa, de personalidad versada en el conocimiento físico del mundo, en los asuntos públicos y en el trato con la realidad repercute en los planteamientos que dan sentido a la obra de Polibio. Cuando habla en el libro XII (capítulos 27 y 28) de su ideal de historiador, afirma expresamente que el político debe ser historiador y el historiador político. Y como modelo humano en que debe mirarse el compositor de una obra histórica propone la figura de Odiseo, el sagaz y asendereado héroe de Homero. La atención a los hechos, la capacidad para medir personajes y situaciones, la experiencia militar y política como criterio valorativo, son factores que, conectados con la biografía de Polibio, dejan una impronta en su escritura. En ésta opera además, y con fuerza, otra circunstancia dependiente no ya de su biografía personal, sino de la época en que le tocó vivir.

Esa época fue el escenario de la expansión romana. Roma interviene por primera vez en Grecia con motivo de la Guerra Ilírica del 229-228. Desde comienzos del siglo II su presencia en el oriente griego como potencia hegemónica es ininterrumpida y no hace sino afirmarse. Simultáneamente, la derrota de Cartago en la segunda Guerra Púnica abre al poder romano un nuevo espacio situado en el otro lado del Mediterráneo, África y, sobre todo, la Península Ibérica, teatro de fatigosas y empeñadas guerras. Polibio, que ha viajado por esos territorios, cree asistir a un hecho sin precedentes. Toda la ecúmene, todos los territorios que conforman el mundo conocido, convergen bajo la autoridad de una nación. Es éste un acontecimiento que el autor valora positivamente, en tanto que supone la implantación de la paz y la tranquilidad o implica la apertura de regiones desconocidas a la

civilización, representada por Roma. Pero sobre todo el relato de las peripecias políticas de la humanidad parece ahora adquirir significado. Nuclearizada en torno a la génesis del Imperio Romano, la historia universal se despliega ante los ojos de Polibio como el tema y el estímulo básico de su composición. Narrar los pormenores de esa aventura será su objetivo. Y Roma, protagonista de la empresa, será el sujeto último de su narración.

Se admite comúnmente que Polibio inició la redacción de su obra antes del 150, cuando era aún un deportado. Dicha tarea debió de ocuparlo durante bastante tiempo, quizás hasta el final de su vida. El plan original, según afirma el autor en la introducción general (I 1), abarcaba desde el 219 (inicio de la segunda Guerra Púnica) hasta el 168 (Pidna). Pero en lo que se conoce como segunda introducción (III 1-5), Polibio indica que ha revisado su plan original para extender su relato hasta la guerra de Acaya (147-146). Teniendo en cuenta esta revisión, la redacción de las *Historias* forzosamente tuvo que prolongarse a lo largo de muchos años. Cabe incluso pensar que las partes escritas primero fueron posteriormente objeto de reelaboraciones, añadidos o cambios del autor, que habría vuelto sobre algunos pasajes ya terminados para alterarlos de la manera que fuese. Así el libro III habría sido redactado antes del 150, pero la segunda introducción que figura a su inicio constituiría un añadido cuya inserción es posterior al 147-146. La cuestión se complica por lo siguiente. La implantación de la hegemonía romana se llevó a cabo en medio de convulsiones y polémicas. Algunas veces tales polémicas afectaban a las relaciones exteriores. Por ejemplo la destrucción de Corinto, operada en el trascurso de la guerra de Acaya, fue una medida ampliamente criticada. Otras veces se desarrollaban en el ámbito interno. La segunda mitad del siglo II fue escenario de



una encarnizada lucha entre las facciones políticas romanas. El sentimiento de que el estado se rompía, de que el orden existente estaba en peligro y de que incluso soplaban aires de guerra civil debió de estar muy extendido entre los romanos que vivieron aquellos años. La violencia política alcanzó un punto álgido con motivo de la legislación agraria introducida por Tiberio Graco y su subsecuente asesinato en el 133. Se ha pensado que el clima de crispación, la idea de que el estado romano había entrado en descomposición, pudieron hacer mella en Polibio. Aquellas partes de su obra de redacción más tardía –incluyendo determinados añadidos y cambios producto de la posterior revisión– reflejarían un juicio pesimista de la situación política por la que atravesaba Roma. Sin embargo, si Polibio ha querido dejar un mensaje de estas características, lo ha hecho de manera críptica, pues no contamos con ningún pasaje que de manera explícita ponga en duda el futuro del Imperio Romano. Es cierto, en cambio, que en muchas ocasiones Polibio se extiende en lecciones y comentarios sobre la conducta que debe observar la potencia dominante respecto a sus dominados. Precisamente la necesidad de entrar en comentarios de este tipo constituye el argumento con el que la segunda introducción justifica la ampliación de la obra hasta los sucesos posteriores a la batalla de Pidna. Pues en esos momentos, cuando ya el imperio de Roma está fuera de discusión, urge, afirma el autor, mostrar cómo se ha de ejercer la hegemonía y de qué manera debe administrar su triunfo el vencedor. Quizás en tal justificación se refleja si no una visión pesimista, sí una preocupación por las suertes que a la sazón atravesaba el imperio.

No sabemos el año de la muerte de Polibio. Sí sabemos que fue longevo. Es muy posible que muriese hacia el 120 y que hasta el final siguiese trabajando en su obra.

## Contenido de la *Historia de Roma*

Las *Historias* o *Historia de Roma* constan en su forma definitiva de tres partes: 1) Los libros I y II constituyen la introducción, pues narran sumariamente los acontecimientos previos al comienzo de la obra propiamente dicha. Su contenido va desde el 264 (inicio de la primera Guerra Púnica, cuyos antecedentes también se tratan) hasta el 220. 2) Los libros III-XXIX comprendían el periodo que va desde el 220 hasta el 168, esto es, los años en que se consuma la implantación de la hegemonía romana. Hasta aquí llegaba el plan de la obra tal como lo concibió Polibio inicialmente. 3) Los libros XXX-XL recogían los sucesos posteriores al 168 (batalla de Pidna) hasta el 146, fecha de la toma y destrucción de Corinto y Cartago. Es ésta la sección añadida al plan inicial de la que habla la segunda introducción (III 5). Dentro de este conjunto, había libros en los que se suspendía la narración para tratar monográficamente determinadas materias: el libro VI estaba consagrado a la constitución romana; el XII, a cuestiones de teoría historiográfica, y el XXXIV, a contenidos geográficos.

De todos estos libros se nos han conservado íntegros los cinco primeros. Del VI contamos con abundantes pasajes, de los demás conocemos sólo fragmentos más o menos extensos. La presente traducción recoge los seis primeros libros.

## Historia contemporánea, pragmática y universal

A la hora de caracterizar las *Historias* de Polibio el primer dato significativo se refiere a su marco temporal. Si se prescinde de la introducción, dicho marco se extiende desde el

220 hasta el 146. Polibio escribe, por tanto, historia contemporánea.

La literatura histórica griega, sobre todo la de orientación política, comenzó, con Heródoto y Tucídides, como historia contemporánea. Cuando escribe Polibio, sin embargo, había alcanzado gran difusión un tipo de obras cuyo contenido se remontaba a fechas muy anteriores, las obras pertenecientes a lo que cabe llamar historia fundacional. Esta tendencia historiográfica concedía gran importancia a los tiempos originarios o primigenios, es decir, los momentos en que nacieron las comunidades, ciudades o naciones protagonistas de la narración. La atención al pasado fundacional no surgía sólo de intereses eruditos. Se suponía que eran los primeros años de existencia los que marcan o ilustran el carácter de una colectividad, de suerte que el remontarse a estas fechas lejanas perseguía un objetivo identitario: el carácter de un pueblo llevaba la impronta de aquellos sucesos –casi siempre míticos y legendarios– que señalaron su aparición como comunidad. De esta manera los sucesos recientes, en tanto que brotados de una personalidad o idiosincrasia colectiva determinada, se explicaban por los eventos originarios o fundacionales. La historia contemporánea se apoyaba así en la historia más antigua y el pasado remoto servía para iluminar el presente.

No nos han llegado muestras completas de esta tendencia historiográfica, pero el mismo Polibio nos informa en tres pasajes (IX 1, 2-2, 1; X 21, 3; XII 26d, 1-3) de su amplia difusión. Uno de ellos, el del libro XII, proporciona además un dato a tener en cuenta: la fama de Timeo, afirma Polibio, se debe a la inclusión en su obra de relatos fundacionales. Timeo, natural de Sicilia, vivió entre los siglos IV y III. Su composición más difundida, titulada *Historia de Sicilia*, contenía abundante material referido a Italia y el Mediterráneo occidental. Figura muy conocida en

su época, aunque posteriormente cayese en el olvido, Timeo alcanzó renombre, entre otras cosas, por haberse ocupado, quizás en la *Historia de Sicilia*, quizás en una monografía dedicada a las guerras pírricas, de la historia de Roma. La importancia que en este campo tuvo la obra de Timeo viene reconocida por Polibio cuando presenta sus libros introductorios, que comienzan por la segunda Guerra Púnica, como una continuación de la obra de Timeo. Pese a todo Polibio no sigue el modelo de la historiografía fundacional. Con ello se opone no sólo a Timeo –quien, con el único precedente del breve sumario debido a Jerónimo de Cardia, constituía, según Dionisio de Halicarnaso (*Antigüedades de Roma* 1.6.1), el más antiguo de los autores griegos que se ocuparon de Roma–, sino también a la práctica usual en los historiadores romanos de su época.

Los estudios actuales subrayan que la historiografía romana –lejos de constituir el desarrollo de una primitiva crónica pontifical, como se creía antes– es un producto tardío que nace bajo la influencia de la literatura histórica griega. La mejor prueba de ello la suministran los primeros historiadores romanos, que escriben en griego, fechan por olimpiadas y utilizan medidas griegas. Así lo hace Fabio Píctor, que vivió a finales del siglo III y es presentado por la tradición como padre e iniciador de la historiografía vernácula romana. La utilización del griego llega hasta Postumio Albino, contemporáneo de Escipión Emiliano. Ahora bien, los estímulos literarios de estos autores no parten de los que son para nosotros los grandes maestros de la historia griega, Heródoto y Tucídides, sino de las tendencias helenísticas más difundidas en su propia época. Concretamente el modelo fundacional, tal como lo representaba Timeo, parece haber suministrado el patrón historiográfico predominante. La producción de los primeros historiadores romanos se

nos ha perdido en su totalidad. Pero a partir de fragmentos, citas y menciones, los análisis modernos han podido efectuar la siguiente reconstrucción. En estas obras cabe distinguir tres partes. La primera, ampliamente desarrollada, se centraba en las leyendas relativas a la época inicial, primigenia de la historia romana, entendida dicha época en sentido amplio, pues podía llegar hasta los primeros años de la república; una segunda sección trataba sumariamente los sucesos comprendidos entre la fase anterior y la historia reciente; la última parte relataba por extenso los sucesos contemporáneos. El énfasis en los periodos inicial y final indica que el modelo seguido es el modelo fundacional. La definición de Roma, el esclarecimiento de su identidad y su presente político constituían un objetivo esencial para los primeros representantes de la historiografía romana. Y con vistas a este objetivo recurrían al pasado mítico, fundacional, como clave del carácter y de las gestas actuales de su comunidad.

Éste es el contexto historiográfico en que se mueve Polibio. Un contexto del que toma una meta básica, la de definir la identidad romana, pero cuyos métodos rechaza al centrarse exclusivamente en la historia contemporánea. En efecto, son muchas las ocasiones en que Polibio habla contra la inclusión de mitos y leyendas en la composición histórica, pues ello supone la entrada de material dudoso e inverificable en una exposición, la propia de la historia, que debe estar dominada por el respeto a la verdad y la atención a los hechos. Frente a la utilización, por tanto, de mitos, leyendas o portentos como herramienta explicativa, tal como hacía el modelo fundacional, Polibio se atiene a un ideal distinto, el de la historia pragmática.

Quizás la caracterización más expresiva de la historia pragmática es la que la presenta como «aquella que puede escribir un hombre de estado en el sentido griego y romano